

## “EL QUE SE HUMILLA”

Objetivo: Aprender el gran principio de la humildad.

### LA PARABOLA DE LOS CONVIDADOS A LAS BODAS



“Observando cómo escogían los primeros asientos ala mesa, refirió a los convidados una parábola diciéndoles: Cuando fueres convidado por alguno a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté convidado por él, y viniendo el que te convidó a ti y a él, te diga: Da lugar a éste; y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar. Mas cuando fueres convidado, ve y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba; entonces tendrás gloria delante de los que se sientan contigo a la mesa. Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido” (Lucas 14:7-11).

Esta parábola forma parte de la charla que dio Jesús al comer en casa de un distinguido fariseo. Era una comida sabática, y desde que llegó Jesús, los fariseos lo observaban para ver qué iba a hacer. Se quedaron asombrados al verlo curar a un hombre en sábado. Es licito hacer bien en el día sábado?”, razonó Jesús.

Antiguamente, las costumbres de la cena eran muy distintas a las nuestras, de hoy en día. Se sabe muy bien que los antiguos griegos y los romanos tomaban sus comidas en posiciones horizontales, en sillones y mesas bajas. Generalmente las mesas eran en forma de U, permitiendo a los criados servir la comida con facilidad. A la cabeza de la mesa se reservaba un puesto para el invitado de honor. En los círculos judíos este puesto siempre era de los rabies. A su derecha y a su izquierda se sentaban los invitados que seguían de importancia; y los demás se sentaban alrededor de la mesa, en orden descendente de importancia. Muchas veces la hora exacta de la cena no se anunciaba. Algunos invitados llegarían temprano; otros, tarde. En esta ocasión, cuando Jesús fue invitado a cenar, muchos de los fariseos, especialmente los más prominentes, calcularon su llegada para hacer una entrada notable y, en presencia de todos, recibir el asiento de honor.

En esta fiesta de sábado, a la cual Jesús asistió, los fariseos escudriñaron cada uno de sus movimientos. Lo miraban, y él los miraba. Notó cómo entraban, buscando maliciosamente los lugares especiales de la mesa. Luego les dijo una parábola que los amonestaba por sus modales en la mesa, y por su condición espiritual no muy deseable: “Cuando fueren

invitados a una fiesta,” dijo, “no escojan los mejores asientos. Si eso hacen, supónganse que alguien que de veras es digno entre. El anfitrión tendrá que pedirles su asiento, y serán avergonzados por tener que tomar el último puesto. Pero, por otro lado, si primero toman el último asiento, el anfitrión les pedirá sentarse más cerca de la cabecera de la mesa y serán enaltecidos delante de todos.”

Este consejo que dio Jesús, a los fariseos, se llama “parábola.” No es una parábola porque nos narra una historia, sino que es una parábola porque hay que interpretarla figurativamente. Es una parábola en el sentido verdadero, una comparación que nos enseña las relaciones correctas en el reino de Dios.

### EL PRINCIPIO DE LA HUMILDAD



El dicho concluyente de la parábola es: “Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido” (Lucas 14:11). Era el dicho favorito de Jesús, el punto que destacaba a menudo (vea Mateo 23:12; Lucas 18:14). Era una verdad recordada, con frecuencia, en la joven iglesia. Era enseñada por Pablo, Santiago y Pedro. “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad,

estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (Filipenses 2:3,4). “Humillaos delante del Señor, y él os exaltará” (Santiago 4:10). “Y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo” (1<sup>a</sup> Pedro 5:5,6). Se establece como ley básica en el reino del Mesías que la única manera de subir los hombres, es humillándose.

### LA SENDA DE LA HUMILDAD

El principio de la humildad es obvio y claro. Pero no es siempre tan fácil encontrar la senda que lleva a la humildad. ¿En dónde comenzamos? ¿Dónde está el comienzo verdadero de la humildad? El lugar donde comienza es en el corazón de uno mismo. Aparte del apuro y remolino de todo, en una soledad quieta sin interrupciones, cada persona tiene que someterse a la severidad de la autoevaluación. Y en la vida de todos nosotros hay mucho que debe mantenernos humildes.

1. Nuestras debilidades físicas y corporales deben mantenernos humildes. Hablando físicamente, el hombre es polvo.  
Como el padre se compadece de los hijos,  
Se compadece Jehová de los que le temen.  
Porque él conoce nuestra condición;  
Se acuerda de que somos polvo.

El hombre, como la hierba son sus días;  
Florece como la flor del campo,  
Que pasó el viento por ella, y pereció,  
Y su lugar no la conocerá más.  
(Salmo 103:13-16)

Un hombre puede ser arquitecto o astrónomo, soldado o siervo del estado, pero ningún hombre es tan poderoso como deseara. Hay senderos por los cuales el hombre no puede pasar, escarpas y montañas que no puede escalar, y galaxias en el espacio que no puede dominar. Además, el hombre vive sus días en medio de sufrimientos y lágrimas. No sabe cómo guardarse del dolor. No puede defenderse contra la enfermedad. No sabe disfrazar las señas inevitables de la vejez. La inminencia de la muerte misma basta para mantener al hombre humilde. Que el aparato delicado de un individuo puede tan pronto desequilibrarse, y que los sistemas de su cuerpo pueden ser tan fácilmente desordenados, que su casa de barro puede ser tan súbitamente arrastrada —todas estas cosas demuestran lo inseguro que es la vida; y al acordarnos de ello, nuestro orgullo egoísta será destrozado.

2. Nuestras limitaciones mentales deben mantenernos humildes. A través de los siglos el hombre ha estado acumulando hechos y perfeccionando métodos. Si todo ese conocimiento se pudiera guardar en una bodega, todavía sería bien diminuto, comparado con lo que no sabe el hombre. Los avances de la tecnología y los descubrimientos sensoriales de la ciencia son lamentablemente lentos. Nadie tiene una conciencia de esto más aguda que el alumno. El verdadero alumno siempre se mantiene avergonzado por su ignorancia. En toda la historia del mundo no ha habido un erudito verdadero que se impresione con su propia sabiduría. El erudito Sócrates, en ningún sentido fue el ciudadano más querido de la Atenas antigua. Tenía una manera cruel de divertirse al humillar a otros. Su ocupación favorita era la de pasar por las calles de la ciudad buscando un sabio. Cuando se encontraba con un candidato probable, lo arrinconaba, lo taladraba con una serie de preguntas incontestables, y lo dejaba entonces con la convicción de su ignorancia. Si Sócrates fue el más erudito de Atenas, se debe únicamente a que dijo que sólo él sabía que no sabía nada. Will Rogers lo expresó de esta manera: “Somos todos ignorantes: solamente es que somos ignorantes en distintas cosas.” Un hombre puede saber hablar diez idiomas, y ser incapaz de hacer el balance de su extracto de cuenta bancario. Un hombre puede ser una autoridad internacional en los clásicos literarios y no poder manejar un carro. Un hombre puede ser experto en máquinas y aparatos eléctricos de toda clase, y tener dificultades en deletrear una palabra de tres sílabas. La verdad es que la vida ha llegado a tales

proporciones que nadie puede ser maestro de todas las artes y maestro de todas las ciencias. La pequeñez de nuestro conocimiento debe mantenernos siempre humildes.

3. Nuestras debilidades y fallas morales deben mantenernos humildes. Carlyle dijo una vez: “En general es de más provecho contar nuestros defectos que jactamos de nuestras realizaciones.” Más que todo, nuestras debilidades se demuestran más obviamente en nuestra conducta moral. Los hombres más puros y nobles están conscientes del pecado. El Apóstol Pablo es un ejemplo prominente de esto. Había en su vida una fuerza destructiva que parecía inducirlo a la contradicción de sí mismo. A veces no sabía lo que quería, y hacía aquellas mismas cosas que aborrecía. Así que, dijo: “queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. ¡Miserable de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:21,24). Es el mismo Apóstol que habla de sí como el mayor de los pecadores (vea 1ª Timoteo 1:15). Francisco de Asís, que dio su vida por servir a los pobres, se señala a sí mismo y dice: “En ninguna parte hay una criatura más vil, más miserable, más destituida que yo.” El auto examen verdadero nos conducirá a una confrontación, cara a cara, con nosotros mismos, para ver lo pequeños que somos en realidad. ¿Cuántos de nosotros estaríamos ahora dispuestos a presentarnos ante Dios para ser juzgados, basándonos en nuestra innata bondad o en las buenas obras que hemos hecho en su nombre? El saldo total de nuestra bondad, nuestra generosidad, y todas nuestras virtudes, son deplorablemente chiquitos. Y sobre todo, cuando reconocemos lo mediocre de nuestra naturaleza que aún en el mejor de entre nosotros es tan pobre, realizamos cuán humildes deberíamos ser.

## EL PATRON DE LA HUMILDAD

Cuando un hombre conoce a Cristo, y compara las dos vidas, la marcada diferencia le produce un sentimiento de culpabilidad y pena. En la última noche, ya a la sombra de la cruz, se levantó un argumento entre sus discípulos acerca de quién era más importante (Lucas 22:24-27). No sabemos cómo empezó la discusión, pero como Jesús había reunido a su grupo para la cena de Pascua —la observancia judía más importante del año— es bien posible que se tratara el asunto de adónde sentarse a la mesa. ¡Que tragedia más intensa!, que Jesús, en esas últimas horas, tuviera que ser testigo de la disputa de sus propios discípulos que como fariseos, se peleaban los asientos de más importancia. Para poner fin a la disputa, Jesús preguntó; “Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve” (vs. 27). Entonces Jesús se levantó de su asiento, se quitó su manto, cogió una toalla, como haría un esclavo y, a uno por uno de sus discípulos fue lavándoles los pies (vea Juan 13:3 y

siguientes). Ellos se quedaron sentados y pasmados, completamente avergonzados, no podían creer que se habían portado de manera tan egoísta. Ciertamente no era necesario que Jesús los obligara a hacer como él había hecho. ¡El Príncipe de Gloria nos lava los pies! Fue una lección de amor y de servicio al prójimo, que no podrían olvidar.

La gente, en el tiempo de Cristo, no creía que un hombre que se enaltecía sería degradado, ni que al hombre que se despreciaba saldría al fin victorioso. Y pocos son los que lo creen hoy. Pero Jesús enseñó lo contrario, y lo que enseñó practicó. Cuando vino al mundo durmió en un pesebre, y al morir se reclinó en una cruz. Ni en su muerte ni en su nacimiento podía haber encontrado un lugar más bajo. El contraste de su vida con nuestras vidas es una vergüenza para nosotros.

NOTA: "Thomas Carlyle, Signs of the Times. Ensayos.

#### PREGUNTAS

1. ¿Qué es una parábola? La "Parábola de los convidados a la boda" no nos cuenta una historia. ¿En qué sentido es una parábola?
2. Dar el ambiente y la ocasión de esta parábola. Describir algo en cuanto a las costumbres de comer y el de arreglar los asientos en tiempos las casas durante los días de los griegos y romanos.
3. Leer las escrituras siguientes: Mateo 23:12; Lucas 18:14; Filipenses 2:3,4; Santiago 4:10; 1ª Pedro 5:5,6. También leer Lucas 22:24-27 y Juan 13:1-17. Discutir estos pasajes en los cuales se hace énfasis en el principio de la humildad.
4. ¿Cuál es el punto de partida de la humildad? Señalar algunas cosas que nos sirvan para mantenernos humildes.
5. Los fariseos amaban los asientos principales (Mateo 23:6; Marcos 12:39). ¿Cuáles son algunas cosas, en nuestras vidas, que forman un paralelismo con el deseo por los asientos principales?
6. Definir la humildad. ¿Puede uno llegar a enorgullecerse de su humildad?